

con el arzobispo de Maguncia. El mismo Dios de entonces vive ahora, y no lo dudeis, sabe aun el arte de resistir á un cardenal de Maguncia, siquier cuente, no ya uno, cuatro Emperadores á su lado. Y como gusta de romper los cedros y abatir los Faraones, ruégole á vuestra gracia que no tiente á ese Dios. ¿Pensabais que Lutero habia muerto? No lo creais, vive al amparo del mismo Dios que ha humillado al Papa y pronto á comenzar con el arzobispo de Maguncia un juego tal que no hayan de creerlo las gentes. Guárdese mucho vuestra alteza. Si el ídolo queda en pié, veréme obligado, en interés del Evangelio y por la salud de mis hermanos, á combatir públicamente á vuestra eminencia, como he combatido al Papa, y así el mundo aprenderá con seguridad á diferenciar un lobo y un obispo.» El influjo de tan altiva palabra tenia tales proporciones y grandeza tanta que se suspendió la venta de las indulgencias y contestó el obispo á Lutero en los siguientes humildísimos términos: «Caro doctor: recibí vuestra carta fechada el domingo siguiente á Santa Catalina y la he leído con toda benevolencia y amistad. Sin embargo, me extraña su contexto, porque hace tiempo he ocurrido al asunto que ha puesto la pluma en vuestras manos. Procederé, con ayuda de Dios, en adelante, del modo y manera que conviene á un príncipe pio, cristiano y eclesiástico. Reconozco necesitar de la gracia de Dios y ser un pobre pecador que peca diariamente. Sé muy bien que nada hay en mí de bueno, sin la gracia de Dios, y que no soy otra cosa por mí mismo sino un vil estiércol. Hé ahí lo que deseaba responder á vuestra benévola exhortacion, porque me hallo dispuesto en lo posible á comportarme benévolamente con vos. Acepto gustoso vuestra fraternal reprimenda y espero en Dios misericordioso que me acuerde su gracia y su fuerza para vivir segun su voluntad así en esta como en las demás cosas del mundo.» No puede darse mayor humillacion. Un arzobispo de metrópoli germánica, nato doctor del dogma por el derecho canónico, se rinde á la voz de un monje revolucionario; y se postra como el mas humilde y el mas oscuro de sus siervos un cardenal de la Roma pontificia, un elector de Carlos V, un soberano de numerosos vasallos, un maestro de la doctrina católica, ungido de Dios y oráculo de la revelacion. Humillado estuvo el Imperio germánico en la persona de Enrique IV á la puerta del castillo de Canosa, donde tronaba el Papa Gregorio VII; pero mucho mas humillado

está el sacerdocio germánico en la persona del arzobispo Alberto á las puertas del castillo de Wartburgo cuando reside en él un revolucionario que ha confundido al Papa con Satanás, que ha trastornado la santa jerarquía del mundo católico, que ha puesto la autoridad eclesiástica en la conciencia individual, que ha declarado á cada hombre sacerdote de Dios, que ha cogido la luz guardada bajo el santuario y la ha entregado á todos los fieles en uno de los movimientos mas atrevidos y mas radicales que hayan agitado jamás á la mísera humanidad en sus profundas trasformaciones. Así Lutero, alentado por estas continuas victorias, durante el año de su residencia en Wartburgo, para concluir perfectamente su obra, coge del altar los Evangelios y los entrega de grado á la interpretacion del individuo convertido por virtud de esta trasformacion radicalísima en verdadero sacerdote.

Puede decirse que la revolucion pasa en este momento supremo de las esferas de la idea á las esferas de la accion. En efecto, trece monjes agustinos dejan el convento de Witemberg y entran á una en la vida social. Muchos hermanos de otros conventos y muchos individuos de otras cofradías antiguas siguen este ejemplo. Al terminarse el año 1521 los agustinos de la Misnia y de la Turingia congregan una Asamblea religiosa que parece una verdadera Convencion política, abrogan la misa romana, recomiendan el Evangelio puro sin mezcla de ninguna interpretacion dogmática, acuerdan á todos los monjes la facultad de obedecer á los impulsos de su conciencia y de salir del seno de sus monasterios, celebran la comunión bajo las dos especies, condenan el celibato eclesiástico, proclaman el sacerdocio individual y llevan al seno de la sociedad lo que hasta entonces apareciera pura y simplemente como abstracta idea.

La vida de Lutero en el castillo de Wartburgo pecaba indudablemente de uniforme y monótona. Para las gentes en general habia de tal suerte desaparecido que todo el mundo ignoraba dónde podia encontrarlo. Solo algunos escasos amigos suyos, Melancton, por ejemplo, y varios compañeros de Universidad conocian á ciencia cierta el sitio donde aquella poderosa personalidad estaba recluida. En el castillo, todo el mundo le llamaba el caballero Jorge y le creia una especie de misterioso prisionero de Estado puesto allí para seguridad del Elector y de sus dominios. Tal retiro, inaccion tan ajena

por cierto á su natural inquietud le ponian enfermo y le daban su crónico mal antiguo, terribles dolores de vientre. Cuando se enfermaba de esta suerte, habia necesidad de sacarlo del castillo y conducirlo por aquellas regiones, para darle con el movimiento la vida. Entonces habia necesidad de tomar alguna que otra precaucion, á fin de impedir sus fáciles inclinaciones á dejar las armas y los cascos que le disfrazaban, para coger, en cuanto se veia en alguno de los monasterios de los alrededores, los libros que lo delataban. Su aficion á predicar no se daba paz ó tregua ni siquiera en la soledad del castillo. Cuando no podía dirigirse á otras personas, predicaba en la capilla el Evangelio á sus huéspedes, como si no le fuera dado vivir sin expresar la divina palabra. Y este hombre, que siente todas las profundas inquietudes del orador, que pelea como los soldados en los asedios, que traduce á la lengua vulgar la palabra divina, que amonesta severo á los príncipes y reprime fortísimo á los obispos, que lucha con acerado puñal á veces mas que con argumentos lógicos, incansable, tenaz, valerosísimo, gusta de la naturaleza, oye el cántico de las aves y el susurro de los arroyos como un músico, mira los horizontes lejanos y los paisajes hermosos como un pintor, recoge el mudo lenguaje de todas las cosas como un poeta, repite las oraciones instintivas de los séres como un verdadero místico, y se deja llevar del rayo plateado de la luna, del ala jaspeada de la mariposa, del aroma embriagador de las flores, como cualquiera de esas jóvenes almas á quienes afligen las dulces tristezas y las infinitas nostalgias del amor. Así, durante su residencia en Wartburgo, que comenzó en el mes de mayo, en plena primavera; cuando le dejan bajar á las florestas, correr á su sabor entre las plantas, departir con los séres inanimados, cava y riega como el último de los jornaleros; y si interrumpe su trabajo para secarse el sudor en la frente, vuelve los ojos á contemplar los manzanos y los perales vestidos en su florecencia con el blanco traje de boda y exhalando del cáliz de sus rosáceas flores los aromas embriagantes y las esencias misteriosas del amor. Si los arroyos se deshuelan, si los prados se reaniman, si las flores se levantan erguidas, si los árboles se visten de hojas, si las larvas toman alas y las alas toman colores y matices, si las golondrinas vuelven y las cigüeñas anidan, si los insectos muertos reviven y las yemas secas reverdecen, Lutero observa en todo esto que las esperanzas de resur-

reccion para el hombre no se hallan solamente contenidas en las páginas del Evangelio, sino tambien por su felicidad divulgadas en las trasformaciones del Universo. ¡Cómo le embriagan las rosas y le seduce la brillantez de los lirios! Cuando ve á la flor de las flores, abriéndose sobre su erguido tallo, rodeada de su pompa de verde follaje, con sus pétalos de un color indecible, abrillantada por alguna gota de rocío y exhalando el incienso de sus aromas, trae á la imaginacion lo que fuera en el eden, sobre la tierra inmaculada y alegre, antes de haberla oscurecido la siniestra sombra del pecado. El hermoso lirio, cuyo traje eclipsa el traje de los poderosos de este mundo, brillaria con mayor brillo en su sentir, si el padre comun de los hombres no desobedeciera tristemente á su Criador y no arrastrara en la complicidad de su pecado á todas las criaturas. Desde entonces reina entre los séres la guerra, y por consiguiente, la desconfianza universal. Observa, paseándose, una tarde, entre arbustos que los pajarillos en celo, asustados de sus pisadas, dejan huérfanos los nidos; y se detiene con el corazon lacerado de dolor, con los ojos arrasados de lágrimas, con la voz trémula y suplicante, á pedirles que no huyan, que tengan confianza en él como él á su vez la tiene en Dios. Mas tarde, pasada ya la primavera y entrado el estío; cuando los trigos se doran y las espigas se hinchan y los granos se maduran; á la vista de aquellos mares de áurea vegetacion, entona un Te-Deum al Eterno que convierte misericordioso en panes los terruños y alimenta con su suprema bondad al hombre. Pero luego vino el invierno y con el invierno las sombras y las tristezas eternas. Y el gran cautivo tenia por compañeras de su cautiverio unas pobres violetas, crecidas en tosca macetilla; y como las pusiera en la reja de su habitacion, una ráfaga de cierzo estuvo á punto de helarlas. Y coge la yerta maceta y se la lleva al seno como para abrirla en el calor de su propia vida y en el cariño de su propio pecho. ¡Ah! Mientras tantas cóleras en torno suyo se desatan, y la tierra bajo sus plantas se estremece, y las potestades mayores del mundo en contra suya se levantan; él, sin acordarse ni del Emperador, ni del Papa, ni de los inquisidores, ni de los Nuncios, se concentra sobre aquellas pobres florecillas, cual si quisiera prestarles parte de su existencia en la natural inquietud de su amor. Pero una, ó mas tierna ó mas desgraciada, inclina la corola y muere; y aquel hombre, que no ha temblado en presencia de todas

las potestades del mundo, se aflige, se estremece, se desespera, y llora como si enterrase un pedazo de su corazon, una hija de sus entrañas.

Hace bien Lutero entregándose de esa suerte á la sencilla poesía del idilio. Pronto, muy pronto apurará las mayores amarguras que es dado apurar al hombre en las tristezas naturales á su vida. Pronto, muy pronto vendrá el combate, pero no del lado de sus enemigos maltrechos y rotos, sino del lado de sus amigos vencedores. La revolucion se habrá perpetrado. La victoria habrá sonreído á su causa; yacerán por tierra en fragmentos los viejos altares desposeidos de sus antiguos ídolos; abriráse al calor de la nueva idea la conciencia humana; y sin embargo tras estos gratos triunfos vendrá el mal peor de las revoluciones, vendrá la exageracion, forjando con un nuevo fanatismo, con una nueva intolerancia, con furias tan atroces como las furias vencidas, una nueva supersticion. La guerra que sus propios discípulos declaren al reformador y al revolucionario tendrá caracteres mas tristes y dureza mas implacable que la antigua guerra de sus enemigos. Sus principios serán llevados á consecuencias absurdas, sus ideas extremadas con punibles extremos, la doctrina encerrada en sus libros perderá toda pureza y pasarán las verdades que él mismo ha sembrado, á errores y se convertirán sus sectarios, las almas que él ha avivado, á una conjuracion así contra su persona como contra sus ideas. ¡Misterios de la sociedad que registra la historia sin hallarles plausible explicacion! ¿Por qué tras cada doctrina su herejía, tras cada fundador de un sistema su disidente, tras cada revolucion sus exageraciones? Las escuelas socráticas que regeneraran el mundo tuvieron sus epicúreos y sus cínicos; las revoluciones sociales de los Gracos tuvieron sus infames Saturninos; la revolucion cristiana tuvo sus gnósticos; la revolucion británica sus niveladores; la revolucion francesa sus comunistas. No podía exentarse de esta ley universal de la vida el Protestantismo naciente; no podía evadirse á esta necesidad histórica la revolucion religiosa triunfante. Tras la victoria, estaba escrito, tras la victoria venia por necesidad la exageracion. Esto, y solo esto podia sacar á Lutero de su retiro de Wartburgo y conducirlo á su iglesia de Wittenberg, á donde solo habia ido una vez á hurtadillas, rompiendo su seguro, y prevalido de un gran misterio, en el mayor secreto. Mas ahora veia en marzo de 1522 agitarse los ánimos, encenderse las pasiones, urdirse una

extrema conjuracion, congregarse contra la verdad todas las furias que suelen abortar hasta las revoluciones victoriosas. Como para el individuo la mayor victoria es la victoria sobre sí mismo, para las revoluciones la mayor victoria es la victoria sobre sí mismas. Quien les encuentra el límite donde deben contenerse, quien les abre el cauce por donde deben correr, quien las liberta de sus propias exageraciones, las funda, porque las salva y porque las consolida.